

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre*, continuacion, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*El Angel del Hogar*, poesia, por D. Jerónimo Flores.—*Lorenza*, conclusion, por D. José Muñoz y Gaviria.—*La Umosna*, por Fernan caballero.—*El lucero de la tarde*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Esplicacion del pliego de patrones*, por Pamela.—*LAMINAS.—Un pliego de patrones.*

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

VI.

MÉLIDA Á LA CONDESA.

*Urrea de Jalon, julio de 18...*

Ya hemos llegado, querida mamá mía; el viaje ha sido feliz y solo considero necesario decirte dos cosas acerca de él: que no he sentido mareo y que he comido bastante bien; está, pues, tranquila; aquella ligera indisposicion que tanto temor te causaba pasó del todo y creo que no piensa volver.

Ya sé que me acusarás por no hablarte de las molestias del viaje; pero no lo hago porque solo una he sentido, la de estar lejos de tí; por lo demas, el coche de la señora mariscal es escase lento, y el viajar con ella muy agradable.

Y á proposito, mamá; tú, que tienes tanto talento y una inteligencia tan elevada, ¿me podrás decir por qué acusan á esta señora de orgullosa, porqué la ridiculizan, por qué, en fin, tiene tan pocos amigos?

Yo tenía ya en la pension muy malas noticias tuyas: una de las señoritas educandas la conocia por ser bastante amiga la señora mariscal de su madre; un dia fué á verla con aquella y le llevó dulces y una linda cartera de cue-

ro de Rusia para escribir: sin embargo, á pesar de este bonito regalo, así que su mamá se hubo retirado con su amiga, se dirigió á mí y me dijo:

—No puedo sufrir á esa odiosa mujer. ¡Qué empeño el de mamá en ser su amiga!

—¡Pues ella parece querer á V.! le respondí admirada: ¿no acaba de hacerle un precioso regalo?

—¡Que me enoja tanto como ella! Quédese V., querida Mélida, con la cartera y los dulces.

—Gracias, le respondí, bastante secamente á lo que creo, porque al instante repuso:

—Conozco que no debia ofrecer á V. lo que á mí no me agrada; pero no importa, en la pension hay otras menos delicadas que V., y no faltará quien quiera aceptarlo y me desembarace de ello: sepa V. que esa mujer es insufrible: que es el orgullo mismo; porque su marido era mariscal de campo, se hace llamar por todos la señora mariscal y admite el tratamiento de sus criados; ¡vea V.! mi papá es teniente general y conde, y mi mamá podia hacerse llamar por esa cuenta *Generalá-Condesa* y á mis hermanas y á mí, *Generalitas*; ¡pero, lejos de eso, es lo mas afable del mundo con todos los criados de casa!

—Pero, amiga mia, le respondí yo; el que su señora madre sea tan bondadosa no hace culpable á esa señora de ninguna falta grave: tiene gusto en que respeten su posicion y la reconocan: nada mas!

—¿Nada mas? ¡si se cuentan de ella cosas increíbles! tiene dos hijos: el uno está viajando con un ayo—porque esa señora es muy rica— y el otro está en su casa porque solo cuenta ocho años y le tiene otro ayo; pues bien, ¿querrá usted creer que al uno le llama César y al otro Aurelio? ¡Dos héroes romanos! Solo faltaba haber antepuesto el *Marco* para el pequeño, lo que sin dudá hubiera hecho por su gusto, y á no habérselo quitado de la cabeza su marido: es una hidalgo aragonesa, cuyo abuelo dicen que fué señor de horca y cuchillo, cuyo padre

MADRID 8 DE MAYO DE 1864.

se hacia dar tratamiento por sus hijos y que tiene un hermano arzobispo y otro oidor de la Chancilleria de Indias.

—Y bien, repuse yó; en todo eso solo veo que esa señora es de nobilísima familia.

—Espere V., espere! dijo mi compañera, de mal humor: ademas cuentan que hace que cada noche recen con ella y de rodillas el rosario todos sus criados: que sus lacayos vistan de calzon corto, media de seda y peluca empolvada; y que hasta el niño Aurelio se ponga de punta en blanco para comer, con su corbatita de batista; y esto para comer solo con su mamá! Con mamá, que jamas deja sus bucles empolvados, su escofieta de encajes, su vestido nesgado y sus medias de seda: lleva para el rapé una caja de oro guarnecida de perlas, con un ramo de pedrería sobre la tapa, que creo fué regalo á su esposo del rey Carlos IV: lleva en sus pequeñas manos mas de treinta sortijas, y al cuello sobre un canesú, que le regaló en Francia la reina Maria Antonieta; una cruz de topacios y perlas que recibió de la reina Maria Luisa de España; ¡qué museo de antigüedades! Cuando oye la misa en su oratorio, que le dice su capellan todo lo mas larga que puede, se pone sobre su traje cortito una capa de seda negra, que es una especie de manto abacial; solo le falta el báculo para ser una Merofleda (1) del tiempo de los galos!

Al oír comparar á aquella señora respetable al criminal personaje que la historia me ha enseñado á conocer, se acabó mi paciencia y dije á la mordaz señorita:

—Voy á escribir á mi hermana, hasta luego.

Despues de aquel dia, querida mamá, oí otras muchas veces á la misma señorita desatarse en invectivas contra la señora mariscala á la que, al parecer, profesa una violenta antipatía; y me ha dicho que apenas hay persona que no la deteste del mismo modo por su ridícula vanidad.

Y sin embargo, á mi la sola vez que la ví en la pension, me pareció una señora de nobilísimo aspecto, de una dignidad natural y sencilla y de una perfecta educacion.

Luego, al verla en nuestra casa y en tu intimidad, mamá mia, me dije que forzosamente debia valer mucho para que tu le concedieras tu cariño y confianza: y mas tarde, en los pocos dias que he pasado á su lado, me ha encantado la ternura que rebosa en su trato y me parece digna de la mayor veneracion por su caridad, su devocion, su grave y dulce sencillez, no menos que por su alta clase.

(1) Merofleda: abadesa de un convento de religiosas del tiempo de la Conquista de las Gallas por Julio César, tan altiva como sanguinaria y cruel, y que estaba investida del poder feudal.

Esa cohorte de pobres viudas, de huérfanas; solteras, ya ancianas, que reune en su casa cada tarde para que pasen á su lado tambien la velada, y á la que llaman burlescamente su corte: esa gran reunion de personas pobres á las que, con un delicado pretexto de chocolate, da cada noche una sólida y apetitosa cena, es la muestra mas elocuente de su caridad, de su beneficencia.

Durante el camino que hemos hecho como sabes, en su gran coche de colleras, escoltadas por sus criados, se ha mostrado conmigo tan cariñosa y tierna como tu, madre mia, pudieras desear: veia yo que agradecia profundamente los cuidados que tomaba por el niño, que ya te figurarás lo que podrian ser llevando Aurelio su coche particular para él, su ayo, y su ayuda de cámara, y que solo pasaba en nuestro carruaje un rato cada tarde.

Llegamos á Urrea á las nueve de la noche: me esperaba toda la familia de Herrera llena de una ansia gozosa: la señora Marta me recibió en sus brazos y despues me puso en los de Valentina: ¡oh, mamá! Cuán cambiada he hallado á mi pobre amiga. ¡Valentina es apenas la sombra de sí misma! Y sin embargo, me ha parecido mas bella que nunca.

La señora mariscala siguió su viaje hasta su casa de campo, que es mas bien, ó parecia desde lejos un soberbio castillo: solo dista una hora de Urrea: me abrazó y suplicó á la señora de Herrera que me permitiese ir á verla con frecuencia y que me acompañase, así como sus hermosas hijas.

Ahora son las doce y acabo mi carta porque no hubiera podido dormir sin escribirte, madre mia: Valentina está á mi lado, pensativa y triste: de cuando en cuando me dá un beso en el cuello. Maria tampoco ha querido acostarse por esperarme: ya te hablaré de ella: en derredor mio veo nuestras tres camitas blancas, y presidiéndolas la Virgen bajo la advocacion de su Concepcion sin mancha, santa y dulce protectora que nos da la señora Marta.

Adios, buena y amada madre mia: nada temas por mí: rezaré antes de entregarme al sueño por tí y por Clara, como tambien por mi padre, que ya está en el cielo: te escribiré largo y te ruego que tu lo hagas tambien: adios otra vez y recibe con mil besos el corazon de tu amantísima y agradecida hija

MÉLIDA.

(Se continuará.)

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## EL ÁNGEL DEL HOGAR.

Del matrimonio la aurora  
No enturbia nube importuna,  
Cuando resuena en la cuna  
La voz de un niño que llora.

Pues de sus padres encanto  
Su amor y dicha reasume,  
Es flor de grato perfume,  
Ave de armonioso canto.

Es ángel de hogar tesoro  
Que dá alegría sin tasa,  
Es la dicha de una casa  
Que no se compra con oro.

Es para la madre un rey  
Que se refleja en sus ojos,  
Y sus caprichos y antojos  
Forman en su padre ley.

Es el lazo que afianza  
De dos séres la existencia,  
De sus almas pura esencia,  
Símbolo de la esperanza.

Es de la vida aliciente,  
Es, cual delicada flor  
Que embalsama con su olor  
De una familia el ambiente.

Es de un Dios el testimonio  
De su grandeza y poder,  
Es bella flor que al nacer  
Se teje en el matrimonio.

Con un hijo es esta union  
Vergel que alhaga la brisa,  
Pues con su dulce sonrisa  
Da la paz al corazon.

Es, en fin, la semejanza  
De los ángeles del cielo,  
Es de una madre el consuelo  
Y de un padre la esperanza.

JERÓNIMO FLORES.

## LORENZA.

(Conclusion).

Devoró Lorenza aquellas singulares é interesantes páginas, y encontró relacion con su

propio destino. Juan era hijo de un patricio de Constantinopla; en una edad todavía muy tierna, huyó al desierto, y vivió allí largo tiempo con la vida eremítica; pero su deseo de volver á ver á sus padres, le atormentaba ardientemente. Abandonó su convento, y fué bajo los harapos de un pobre á sentarse á la puerta del palacio paterno. Sus padres no le conocieron, y concedieron á aquel pobre forastero el permiso de habitar una covacha, practicada debajo de la escalera. Todos los dias le hacian llevar alimento de su mesa. Juan vivió así muchos años en la oracion y en la mortificacion. No tenia mas que una alegría; la de ver desde lejos á sus padres cuando atravesaban el vestíbulo de su opulenta mansion. Cayó enfermo; conocia que su última hora llegaba; entonces llamó á uno de los criados y le entregó un libro de Evangelios, ricamente encuadernado, único tesoro que habia conservado en su voluntaria pobreza, rogándole que lo llevase á la señora de la casa, y la dijese que el pobre forastero le daba las gracias, y se recomendaba á sus oraciones. Apenas la señora hubo visto el precioso manuscrito, cuando exclamó:

—Yo he dado otro igual á mi hijo Juan; y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí corrió con su marido á la covacha del forastero, y los dos reconocieron demasiado tarde á su hijo en aquel pobre moribundo. Les alargó las manos; le cubrieron de besos y de lágrimas, y espiró alegre entre sus brazos.

Sus padres convirtieron su casa en una magnífica iglesia, y el Señor obró muchos milagros sobre el sepulcro del santo solitario.

—¡Ah! ¿No tendré yo este valor? se dijo Lorenza: además; el bienvenaturado Juan no veia su lugar ocupado por otro en el hogar paterno.

Reflexionó largo tiempo. Le pareció que la soledad, la entera separacion del mundo, podia solo poner un término á sus combates, garantizar su promesa, y convenir á su posicion difícil y extraordinaria. Desde aquel instante tomó su resolucion; reflexionada y decidida cogió en el cofrecillo negro la carta de su padre; la quemó con cuidado; y despues de haber destruido aquella prueba de su nacimiento, despues de haber hecho aquel nuevo sacrificio á su conciencia y á la religion del juramento, se durmió en paz.

## IV.

Diez años despues.

—Hermana San Juan, nos llaman á asistir á un enfermo: nuestra madre superiora os da obediencia para ir allí. El carruaje está á la puerta.

—Voy, hermana mia.

La hermana enfermera se levantó inmediatamente, dejó su labor, y salió de su celdita, que no tenia mas adorno que dos estampas, representando la una á Nuestra Señora del Buen Socorro, y la otra á San Juan Calibita, muriendo en los brazos de su madre. Esta palabra *Calibita* viene de una palabra griega, que quiere decir *pequeña covacha*. Bajó la escalera y subió en el carruaje de una familia que desolada habia enviado á buscarla.

Nadie hubiera reconocido, despues de diez años, á la bella Lorenza en aquella religiosa tan pálida, bajo la santa toca, tan ajada por las veladas, las fatigas, y los nobles trabajos de la caridad: la belleza solo del alma resplandecia todavía en sus alteradas facciones. Hacia diez años que con la mayor abnegacion habia prodigado infatigable á los enfermos toda clase de cuidados, sus fuerzas y su vida; sus noches y sus dias se habian pasado en aliviar padecimientos; en velar agonías de estraños; sin familia sobre la tierra, se habia hecho una de todos cuantos sufrían; nadie se acordaba de Lorenza; empero los pobres y los ricos de París conocian á la hermana San Juan, la enfermera, la hermana del *Buen Socorro*.

Pasaba entre sus dedos las cuentas de su rosario, mientras el coche se dirigia al trote de dos caballos hácia la calle de Santo Domingo. Se abrió una puerta cochera; entró el carruaje en un patio enarenado, y se detuvo delante de una ancha escalinata... la hermana San Juan alzó los ojos, y se puso mas pálida que de costumbre... Acababa de reconocer la casa del conde de Breat.

—¡Oh, mi querida hermana! dijo una ama de gobierno, anciana, que parecia muy triste; venid pronto; la señora está mala.

Resonaron aquellas palabras en el corazon de la religiosa.

—¿Es la señora condesa? dijo con una voz trémula, subiendo la escalera.

—Sí, hermana... un ataque de apoplejía... y su hija la señora de Volbers, no se halla aquí: está en Viena con la familia de su marido. El señor con te está solo... ¡Qué dolor, Dios mio!

La hermana San Juan apenas podia sostenerse: con paso vacilante entró en la alcoba que tan bien conocia.

Un triste espectáculo se presentó á sus miradas. Sobre el lecho descansaba la condesa con los ojos cerrados; el color pálido y amortiguado: parecia estinguida la vida en ella; solo sus manos errantes sobre la ropa de la cama anunciaban que no se habia terminado aun la última lucha. El conde sentado á la cabecera de la cama, miraba con una dolorosa atencion á su mujer, y las lágrimas corrían por sus arruga-

das mejillas, lágrimas de anciano saliendo de un corazon profundamente desconsolado. Sobre la mesa de noche estaban esparcidos varios pomos de sales y botellas de medicinas ya inútiles. En el fondo de la alcoba se hallaba un improvisado altar, que habia servido para la administracion de los Sacramentos; porque la enferma, atacada de un golpe súbito y mortal, habia recibido casi á un mismo tiempo los primeros cuidados de la medicina y los últimos socorros de la religion. Abarcó Lorenza de una ojeada aquel aflictivo cuadro, y por un pronto movimiento vino á colocarse de rodillas á los piés de la cama. El conde la miró, y la reconoció inmediatamente.

—¡Qué, hija mia! ¿Sois vos? dijo.

Aquella palabra de afecto, HIJA MIA, la conmovió hasta el fondo de las entrañas. Cogió la mano de su madre, y la besó inundándola de lágrimas.

—¡La llorais! dijo; ella era tan buena... os queria tanto... Y mi pobre Isela que no está aquí...

Redoblóse la ternura del anciano al recuerdo de su hija. La hermana San Juan habia tocado una de las manos de la moribunda, la besaba tambien, orando con ardiente fervor... Una amarga alegría llenaba su corazon al verse sola entre su padre y madre, dándoles los testimonios de amor de una hija tierna y respetuosa.

—¡Oh, Dios mio! decía entre sí. ¡Me habeis reservado esta hora! ¡Bendito seais vos que habeis preparado semejante consuelo á mi sacrificio!

Pasóse así la noche suprema; hácia el amanecer la señora de Breat murió pacíficamente entre los brazos de su marido, y acompañada hasta el cielo por las ardientes oraciones de su hija. La hermana San Juan la tributó los últimos deberes, y sola con la que le debia la vida, pudo entonces abrazarla con libertad por la primera y última vez.

Cuando todo hubo terminado, cuando estuvo pronta para dejar la casa del conde de Breat, llamada á otra parte por los imperiosos deberes de la obediencia y de la caridad, fué á despedirse del conde, y se puso de rodillas delante de él, diciéndole:

—Señor... mi protector... mi padre... dadme, os suplico, vuestra bendicion...

—¡Hija mia, respondió este asombrado; no soy yo el que os debe bendecir... sois una santa agradable á Dios... pero, pues que lo quereis, que la bendicion de un anciano caiga sobre vuestra cabeza!

Inclinóse, bajo la mano paternal, y se separó del conde, á quien pensaba no volver á ver mas; empero se equivocaba.

Un inesplicable atractivo condujo hácia ella al anciano, que, privado de su mujer y de su hija, tenia necesidad de apoyo y de afecto. Trató de volver á ver á la que con él habia compartido las angustias de una fúnebre noche. Muy pronto nó pudo hallarse sin su presencia y sus cuidados. Iba á verla; la confiaba sus limosnas; la hablaba de Isela; ella le miraba, le consolaba, y le hablaba del cielo; él la llamaba siempre su hija; ella se atrevia algunas veces á llamarle su padre; y sin que jamás hubiese vendido ella su secreto, gustó la dicha de ser la última alegría, la suprema felicidad de aquel padre tan querido. Entonces no tuvo ya nada que envidiar á Isela, y todos los dias bendijo á Dios que la habia concedido la doble corona de una vida sin mancha y de un gran sacrificio.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

### LA LIMOSNA.

#### EJEMPLO,

¡SEÑOR!

Riega lo que es seco,  
Pon lo enfermo sano,  
Todo lo que es duro  
Doblegue tu mano.

Hemos definido ya otra vez la compasion, calificándola del mas puro de los amores. Es engendradora en el corazon humano, como Nuestro Señor Jesucristo en el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo. Ni los vínculos de la sangre, ni la gratitud, ni la simpatía, ni el cariño que engendra el trato, ni aquella inclinacion práctica y dulce, que arrastra á dos jóvenes á unirse para formar una nueva familia segun el órden establecido por la superior sabiduría, entran en la existencia de este divino amor que es el que tuvo y tiene Dios á los hombres.

De todos los amores que antes hemos enumerado, participan los seres irracionales, lo que demuestra que son en parte debidos al instinto, aunque los purifique y ennoblezca y les dé consistencia el alma; pero la compasion, solo el hombre entre los seres creados, la comprende y la siente. Es el sentimiento humano mas exento del preponderante egoismo, ninguno existe en que mas desaparezca la inevitable personalidad, en que sean mas espontáneos, la abnegacion y el sacrificio y mas sin ulteriores miras. Dios la elevó á precepto con su divina doc-

trina y la sublimó á medio de salvacion, y tanto la amó que dijo: que á él daba, el que daba á los pobres. Por eso dice el buen sentido del cristiano pueblo, que Jesucristo sabia que siempre habria en el mundo pobres y ricos.

Embebido en esas sublimes máximas, tiene en su mente, en que se conservan por tradicion, esos *Ejemplos* sencillos y cándidos en su forma, profundos y ascéticos en su idea, que llamariamos, si no fuese irreverencia, fábulas religiosas, tomando esta palabra en el primer sentido que le dá el diccionario de la Academia, esto es: *Narracion inventada para deleitar con enseñanza*, ó bien, práctica demostracion de un punto de doctrina.

Vamos á referir uno de esos ejemplos, recogido de los lábios de una pobre anciana campesina, que es tan ingenioso como cándido y tierno, y que patentiza admirablemente la manera de ver y de sentir del pueblo en la materia de que venimos tratando.

Habia dos hermanos, refirió la anciana, que habian heredado de sus padres un buen pasar; el mayor se casó con una mujer que tenia hacienda, y el otro con una pobre; ayudóle su fortuna al mayor que se enriqueció, y faltóle al segundo, que por mucho que trabajó, empobreció.

Sucedió que al mayor y á su mujer, con sus riquezas se llenaron de codicia, se les endureció el corazon y se alejaron de Dios.

Por el contrario los otros, que con su pobreza se mantuvieron mansos y humildes, y tan compasivos á las necesidades ajenas, que partian con otros mas pobres que ellos un pedazo de pan que tuviesen. Manteníanse asimismo muy buenos cristianos y devotos, y éranlo en particular de un Jesus Nazareno, que no lejos de su casa, coronado de espinas y cargado con la cruz, decia por medio de un letrado: *El que me ame, tome su cruz y sigame*, y cada vez que lo leian se abrazaban gustosos con la cruz que el Señor les habia enviado como un reclamo.

Cayó malo el infeliz, y despues que hubo agotado todos sus recursos y vendido cuanto tenia para costear la enfermedad, le dijo á su mujer que fuese á pedirle un socorro á su hermano. Fué esta como se lo habia mandado su marido, pero los cuñados la recibieron mala y desabridamente y le echaron en cara la pérdida de su hacienda, pérdida que, como siempre acontece, achacaron á su mal manejo, contentándose con darle por socorro una miseria.

La mujer se volvió á su casa afrentada y atribulada. Contóle al marido cuanto habia acontecido con su mal hermano; pero el marido lo disculpó y á los pocos dias, habiéndose podido levantar de la cama, fué él mismo á hacerle presente sus apuros y quebrantos.

Su hermano, que tenia ya el corazon acorchaado, al verlo se incomodó, no quiso oirlo y le tiró una moneda á la cara, intimándole que estando ya capaz de trabajar, lo hiciese, y no volviése á molestarlo ni á aportar por su casa.

El pobre, que era humilde, no contestó, tomó la moneda, se volvió á su casa, y le dijo á su mujer:

—Toma ese dinero que será el último que se pida á mi hermano; compra pan y lo que fuese menester para poner una ollita, y como será la última que comamos, voy á convidar á nuestro padre Jesús Nazareno á que la venga á comer con nosotros.

En seguida se fué, se arrodilló ante el Señor y le dijo: «Señor, yo no soy digno que entreis en mi pobre morada, y á pesar de eso, os vengo á rogar que á ella vengais para santificarla; bien poco tengo que ofreceros, Señor, pero os convidó á mi pobre mesa, ya que tantas veces habeis admitido á este miserable á la vuestra. Señor que no desprecias á los humildes, recibid eso poco que con tanta voluntad se os ofrece.»

Al oir estas razones, el Cristo inclinó la cabeza en señal que otorgaba á la súplica, y el pobre se volvió á su casa con un gozo tan grande en su corazon, que se le ahogaban las palabras en la garganta; y solo podia llorar por su cara abajo como si cada uno de sus ojos hubiese sido una fuente.

Finalmente, prorumpió en estas palabras, que dijo á su mujer: «Jesús, mi dulce Jesús, vendrá á la mesa del pobre, el rey de reyes, entrará en casa del humilde; preparála, pues, mujer mia, sobre todo que esté aseada; encálala, que esté blanca y limpia para agradar al Señor.»

La mujer se puso sobre la marcha á arreglarlo todo, de manera que aunque la casa era chica y pobre, parecia bien y relumbraba de aseo.

Antes de medio dia llamaron á la puerta. Era un pobre que pedia limosna con mucha necesidad.

—Nada tengo, dijo la buena mujer, pero la comida está guisada, y aunque es muy poca la cantidad, le daré mi parte á este desvalido y no comeré. Agarró en seguida el pan, le cortó un canto, sacó un plato de comida de la olla y se lo dió al pobre, quien se lo comió y bendijo la casa de los caritativos, que le habian socorrido.

Pero pasaba el medio dia, y Jesús Nazareno no venia, viendo lo cual se fué el marido á la efigie, se arrodilló, y recordó al Señor su promesa.

—Fuí á tu casa, respondió Jesús Nazareno, en ella me acogisteis y me disteis de comer, por lo cual la he bendecido.

El pobre se volvió tan contento y tan glo-

rioso á su casa, que no le cabia el corazon en el pecho, y le contó á su mujer lo que el Señor le habia dicho.

Desde aquel dia, en la casa en que con tanta mansedumbre y resignacion se habian sobrellevado las adversidades, donde de la boca se lo habian quitado para dárselo á los pobres, todo prosperó y todo fueron felicidades.

La cuñada, que era muy envidiosa, tenia gran afan por saber la causa de tanto bienestar del buen matrimonio, por lo que fué á visitarlos, y haciéndolos mil carantoñas, acabó por preguntarles lo que saber querian.

Como sus cuñados tenian buena fé y sencillez de corazon, le contaron cómo habian convidado á Jesús Nazareno á su casa, y como este Señor, tan accesible y tan bueno, habia venido á ella y la habia bendecido.

Apresuróse esta codiciosa mujer en referir al marido lo que indagado habia, y concertaron que fuese éste á convidar á su casa á Jesús. Jesús no rehusó, porque á nadie que lo llama desatiende su clemencia. No bien lo supo la mujer cuando adornó la casa de gran manera, preparando en ella un espléndido banquete.

El dia señalado y estando aguardando tan regocijados á su convidado, llegó un pobre á la puerta pidiendo una limosna con mucha necesidad; pero se la negaron, y como insistiese en pedirla una y otra vez, cogió la mujer una vara y le asestó con ella tan fuerte golpe, que le hizo una herida en la cabeza.

Viendo que Jesús no venia, fué el marido y se arrodilló ante la efigie, notando que tenia una herida mas en la cabeza, y le dijo: «Señor, ¿no habeis prometido venir á mi casa?»

—Y fuí, contestó el Señor, pero no me habeis querido recibir, me habeis echado de ella, y me habeis herido.

El hombre se fué desesperado; al llegar á su casa no halló sino escombros, á la casa se habia prendido fuego y en un momento habia reducido á polvo y ceniza todas sus riquezas.

FERNAN CABALLERO.

---

## EL LUCERO DE LA TARDE.

CAPITULO I.

Empezaba á amanecer, y era un dia claro y sereno del otoño. Los campos se teñian de dorado y púrpura y las postreras flores movian sus hojas á impulsos de un viento casi frío ya,

para sacudir las transparentes gotas de rocío que la noche había depositado en ellas.

Aquí y allá iban apareciendo madrugadores campesinos, que con los aperos de labranza, se encaminaban á empezar sus diarias tareas, para hacer que la tierra produzca lo suficiente á cubrir las necesidades de una existencia honrada y laboriosa.

Los rebaños saltaban alegremente haciendo oír su pequeño esquilon, y marchaban al sitio donde les guiaban los pastores, entonando á media voz los dulces cantares del país.

Ya el sol se había elevado en el cielo, é iluminaba con sus hermosos rayos las torres de un molino, que medio oculto en la espesura, se destacaba de aquel fondo verde y brillante, por la blancura de sus paredes y por la acequia que corría á su lado, luciendo á la luz del astro del día como una cinta de plata.

La puerta acababa de abrirse, y un gallardo muchacho de diez y seis á diez y ocho años apareció en ella, seguido de algunos otros que se dirigieron á las cuadras á buscar los caballos de la labor.

El jóven hizo ademán de seguirlos, pero á los pocos pasos se detuvo y fijó sus miradas en una pequeña ventana, cuya blanca cortina se había levantado en aquel instante.

Andrés, que así se llamaba el mancebo, quedó inmóvil en su sitio y esperó sin duda que la mano que acababa de descender el lienzo fuese reemplazada por un rostro conocido de él.

Así fué en efecto, pues una carita linda y agraciada apareció á poco, y fingiendo una distracción llena de coquetería y encanto, dos ojos azules y puros como el cielo vagaron un instante por la campiña sin fijarse detenidamente en punto alguno.

Tal indiferencia era mentida, pues las miradas de aquella niña solo buscaban á Andrés; pero quería sin duda que el muchacho fuese el primero en manifestar tal deseo.

El no se hizo esperar, pues apenas divisó á la jóven corrió bajo la ventana y la dijo con un acento lleno de alegría:

—Rosa, Rosita; baja un momento y hablaremos antes de que me vaya.

—No puedo, Andrés; si mi tía me viese....

—¡Bah! mi madre no se levanta tan temprano; además, si lo hiciese, podías echar cualquier disculpa: por ejemplo decirle....

—¿Qué estaba regando las flores del huerto?

—Justamente; eso, eso. Vamos, no tardes.

A los pocos instantes Rosa, con su saya de percal azul, su jubon negro y su pañuelo de blanca muselina alrededor de la garganta, aparecía en la puerta del molino llena de juventud y belleza, porque es preciso decir que solo te-

nia quince años, y que era la rubia mas linda que se encontraba por aquellos contornos.

Apenas la divisó Andrés, corrió hácia ella, y ambos empezaron á vagar por el precioso huerto que se extendía á la derecha de la casa.

—Vamos, ya estoy aquí; ¿para qué me querías? preguntó la niña con dulce voz.

—¡Toma! para verte, y para decirte que te quiero, antes de irme.

—¿Qué me quieres? ya lo sé; como que somos primos hermanos.

—No es por eso solo, bien lo conoces, aunque te haces la desentendida. Ya sabes que mi cariño hácia tí es otro y que si Dios quiere no tardarás en ser mi mujer.

—¡Tu mujer! ¡tu mujer!... como si no hubiera mas que decirlo.

—¿Y por qué no? mis padres te quieren, y en cuanto salga de las quintas, les digo nuestro amor, lo aprueban y punto redondo.

—¿Y si cayeses soldado?

—Si cayese soldado... eso no es fácil; pero si fuese así, tú me esperarías, ¿es verdad?

—Sí, sí; pero no hablemos mas de esto, pues tal idea me entristece mucho. Si fuésemos ricos, no temería que te tocara sacar la cédula negra, pues poniendo otro en tu lugar todo estaba concluido.

—¿Y qué quieres, Rosita! Dios nos ha hecho pobres: mas debemos darle gracias, porque nos da lo suficiente para vivir.

—¡Es verdad!

—Y tambien porque nos ha puesto el uno junto al otro, para que nos amemos y seamos felices.

La niña se sonrojó, y deseando mudar de conversacion, preguntó:

—Y dime, ¿vas á tardar mucho en volver?

—Lo menos ocho dias, que será lo que dure el mercado.

—¡Ocho dias!

—Sí, Rosita: es el tiempo preciso para vender nuestras mercancías.

—Y para divertirse y decir galanteos á las muchachas de las aldeas vecinas.

—¿Celosa tambien?

—¿Quién, yo? Te equivocas.

—Vamos, vamos, no seas orgullosa y confiesa al fin que me amas como yo á tí.

—Si no fuera mas que eso...

—¿Qué?

—Bien poco sería.

—¿Poco cuando eres mi vida, mi solo cariño?

—Si eso fuera verdad...

—Si que lo es.

—Entonces...

—¿Me concederías el primer favor que te pidiese?

—Quizá sí.

—Pues dame esa rama de mejorana que acabas de coger y que te has puesto en el cabello.

—Está bien donde se halla.

—Es verdad, pero si me la das, la guardaré sobre mi corazón, y mientras esté lejos de tí me servirá de recuerdo.

—O la arrojarás al viento apenas salgas de aquí.

En este momento los mozos que habían acabado su faena buscaban á Andrés, pues solo á él esperaban para marchar.

Su padre, que todo lo dirigía desde la puerta del molino, empezó á llamarle en aquel instante.

—Vamos, ya me aguardan y tengo que irme; ¿me das esa flor?

—¿Tanto empeño tienes en ello?

—Sí, sí; mucho.

La muchacha, que solo deseaba la pronta vuelta de Andrés; aprovechó esta circunstancia y le dijo con una voz llena de cariño y encanto:

—Andrés, en esta rama está mi corazón, y te la daré...

—¿Cuándo?

—La primer vez que á mi lado mires aparecer el lucero de la tarde.

—¿De veras?

—Sí.

—Pues adios.

Andrés echó á andar y se dirigió á la entrada de la casa con una sonrisa alegre en los labios, mientras Rosa al verle desaparecer, enjugaba á hurtadillas una lágrima con la punta de su delantal.

—Ocho dias, murmuraba con pesar; ¡ocho dias sin verle! Dios quiera que en este tiempo no se olvide de mí.

—Es cuestion de horas, pensaba Andrés al montar en su cabalgadura para emprender su viaje; dejaré las cargas al cuidado de Juan, tan luego como lleguemos, y volveré sin que me vea mi padre.

—Adios, hijo, decia el honrado Diego, dueño del molino de las Cruces y padre del jóven; adios, y á ver como te portas.

—No tenga V. cuidado, hasta la vista.

Y Andrés y los mozos que le acompañaban se pusieron en camino, perdiendo bien pronto de vista el cercado de la linda casa.

Diego volvió á entrar en la cocina donde le esperaba su honrada esposa, que le preguntó:

—¿Se fué ya el muchacho?

—Sí, mujer.

—Pues vamos, que ya está la mesa.

—Y Rosa ¿dónde se encuentra?

—Toma; apuesto que está en la linde del camino hasta que vea desaparecer á Andrés.

—Esos muchachos se quieren, y al cabo será menester casarlos.

Los tíos de Rosa se pusieron á almorzar con el mejor apetito del mundo, entregándose después á sus ocupaciones ordinarias.

## CAPÍTULO II.

En la misma mañana de que hemos hablado en el capítulo anterior, y en un elegante y lujoso gabinete de la casa de D. Alonso de Padilla, se hallaba una jóven bella y simpática, sentada junto al alfeizar de una ventana, leyendo con una espresion de íntima alegría una carta que tenía en la mano.

Esta jóven era Luisa, Luisa la hija de don Alonso, á quien este amaba con todo su corazón, á pesar de que su natural grave y severo, le impedían manifestar en toda su estension este dulce y puro afecto que llenaba su alma.

Es verdad que Luisa con su carácter angelical, su bondadosa dulzura y su constante sumision á la voluntad de su padre, era digna del cariño mas ardiente.

La hermosura de la jóven estaba en completa armonía con las dotes de su alma, pues difícilmente se hallaría un rostro mas perfecto, ni una figura mas adorable.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## ESPLICACION

DEL PLIEGO DE PATRONES QUE SE REPARTE CON ESTE NÚMERO.

### Cuerpo con aldeta-frac para señora.

Lado núm. 1.º

Núm. 1.—Delantero.

Núm. 2.—Mitad de la espalda.

Núm. 3.—Costadillo de la espalda que se reúne con las letras A y B.

Lado núm. 2.º

Núm. 4.—Lado superior de la manga.

Núm. 4 bis.—Hombrera ó Jokey.

Núm. 5.—Parte inferior de la misma manga, acompañada, á partir del codo, de pequeñas patas, que se abrochan sobre la punta superior de la misma, por medio de ojales y botones.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,  
MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.